

LINDO Y REGOCIJADO ROMANCE  
DEL 5 DE FEBRERO DE 1857

## SINFONÍA.

Era el 5 de Febrero  
Del año cincuenta y siete,  
Para los *mochos*, de luto,  
Para la *chináca*, alegre.  
Aquéllos pidiendo al cielo  
Que nuestra tierra se hundiese,  
Y que tragara el infierno  
A los infames herejes.  
Éstos como unas sonajas  
Esperaban impacientes  
Que el ronco cañón clamara,  
Que el ronco cañón dijese:  
Servilés, vuestro dominio  
Está condenado á muerte.  
En las plazas y en las calles  
Se agolpa riendo la gente.  
Los templos muestran espanto,  
Fingen gozo los cuarteles,  
Y viejas y sacristanes  
Con los de estola y acetre  
Se arrastran embravecidos  
A nuestro Señor diciéndole:  
¿Para cuando son tus iras  
Si á la canalla consientes?  
Y como en medio á las aguas  
Gigante roca se yergue,  
Y á su pie se despedazan  
Las encontradas corrientes,

Que ya embisten impetuosas  
O bramando retroceden,  
Así las gentes acorren  
En torno del Presidente.  
Que ni los choques asustan  
Ni su furor le estremece;  
Pero escondidos y astutos  
Los amigos moderetes  
De Comonfort se apoderan,  
Y en mil dudas le mantienen  
Que á veces por intervalos  
Le toman tímido y débil.  
En su hogar do está la madre  
Que idolatra, reverente,  
Se escurren conspiradores  
Con máscaras de creyentes.  
Y la azuzan, la envenenan  
Contra hijo que tanto quiere,  
Y la alejan lastimando  
Al que fué su apoyo siempre.  
Y aquel hondo descontento  
Que en público no aparece,  
Fué á su vez terrible mina  
Que fué invisible extendiéndose  
Desde el hogar al palacio  
Con sigilo delincuente,  
Hasta lograr al caudillo  
Precipitarle y perderle.

## II

## EL JURAMENTO.

Espléndido el sol brillaba  
Con encanto de los cielos  
Y en raudales la luz pura  
Iluminaba el Congreso  
Con sus columnas gigantes,  
Con sus balcones de hierro,  
Balaustradas y sillones  
De valioso terciopelo.  
Pero todo era viviente,  
Todo como con aliento  
Era de rostros mortales,  
Muro compacto y extenso,



En que mil ojos brillaban  
 De curiosidad sedientos.  
 Era un amplio semicírculo:  
 Majestuosos en su asiento  
 Los adalides amados,  
 Los apóstoles del pueblo,  
 Los que valientes en triunfo  
 Levantaban sus derechos;  
 Del salón en el respaldo  
 Y bajo dosel soberbio,  
 El sillón del Presidente  
 Se destacaba supremo.  
 Cordones y franjas de oro  
 Y con elegantes flecos,  
 El docel aparecía  
 Sus anchas alas abriendo  
 De carmesí revestido,  
 Y con alamares regios.  
 Al frente la extensa mesa  
 Con un crucifijo en medio,  
 Y á su diestra el grande libro  
 Con los santos evangelios.  
 En espera silenciosa  
 Se aguarda con gran respeto  
 Cuando súbito aparece,  
 Cual de la sombra saliendo,  
 Un anciano venerable  
 Apoyado en dos mancebos;  
 Encorvado, débil paso,  
 Doliente, extenuado, trémulo,  
 Pero la mirada ardiente,  
 El rostro digno y severo  
 Como haciendo triunfar su alma  
 De las ruinas de su cuerpo.  
 De un golpe, en un sólo instante  
 Todos de pie se pusieron,  
 Y al contemplar al apóstol  
 De lo justo y de lo bueno,  
 Circundado por la aureola  
 De sus heroicos recuerdos,  
 A quien permitió la muerte  
 Sellar con su juramento  
 El arca santa que encierra  
 Los tesoros del progreso,  
 Estallaron los aplausos

Con el retumbar del trueno,  
 Y como en el alba nube  
 Derrama el sol sus reflejos,  
 Se vieron rayos de gloria  
 Sobre los blancos cabellos  
 De Farías el agosto,  
 De demócratas modelo.  
 Después de ligera pausa  
 Se procedió al juramento,  
 Ocupa la Presidencia,  
 Bajo el dosel con sosiego  
 El anciano venerable,  
 Y se presenta el primero  
 León Guzmán, que era el Vice  
 Por los conscriptos electo.  
 Era Guzmán, alto, joven,  
 Pálido, los ojos negros,  
 En el mirar atrevido,  
 En los modales modesto,  
 Elocuente en las palabras,  
 En la borrasca impertérrito;  
 Arrodillóse sumiso  
 Frente del supremo asiento;  
 De pie están los diputados,  
 El concurso en pie y atento  
 Y con voz en que vibraban  
 Los sublimes sentimientos  
 De entusiasmo, de ternura  
 Y de amor profundo al pueblo,  
 ¿Jurais?, Farías, le dijo,  
 Y su sí sonó resuelto,  
 Del salón en las alturas  
 Sonando potente el eco.  
 Levantóse el Presidente,  
 Guzmán ocupó su puesto.  
 Está el anciano de hinojos,  
 La mano en los evangelios,  
 Viéndose los pies del Cristo  
 Al través de sus cabellos.  
 ¿Jurais?, Guzmán interroga,  
 Sí juro; respondió el viejo,  
 Y sus miradas brillantes  
 Con llanto se obscurecieron.  
 Aquel adalid valiente,  
 El escudo del derecho,



El que fué purificado  
 Con la prisión y el destierro,  
 De la humanidad al triunfo  
 Conducía su esqueleto,  
 Como exigiendo á la muerte  
 Ovaciones y respetos.  
 Después de rumor confuso  
 De cierto conato excéntrico  
 De un diputado Arellano  
 Que con raro atrevimiento  
 Formulaba una protesta  
 Llena de detalles necios,  
 Que se contuvo al instante  
 Y sólo duró momentos,  
 Erguidos los diputados,  
 El brazo diestro extendiendo  
 En actitud imponente  
 Al acto dando un aspecto  
 De majestad indecible  
 Y de imponderable ejemplo,  
 ¿Jurais? exclamó Farías  
 Con un enérgico acento,  
 Sí juramos: los conscriptos  
 Entusiastas repitieron.

El concurso se dispersa  
 Sus vivas lanzando al viento,  
 Los liberales llevaban  
 A donde quiera el contento,  
 Y rabiaban rencorosos  
 Los hijos del retroceso.

## ROMANCE

EN QUE SE CRACA DE UN SUJETO PEOR QUE

SACANAS,

SEGUN LA GENTE DE SACRISIA.

I

SINFONIA.

Allá lo vereis ladrones  
 De la Santa Madre *Ilesia*,  
 Allá lo vereis malditos  
 Que audaces poneis en venta  
 Lo que Jesucristo al Clero  
 Ha dejado por herencia;  
 Que el sol os tueste las carnes,  
 Que hiel en el agua beban,  
 Maldito el que os saludase,  
 Maldita la parentela  
 Que del convento sagrado  
 Vaya á habitar en las celdas.  
 Y por aquí llueven rezos,  
 Y venenosas protestas,  
 Por allá, conspiradores,  
 Se agrupan en las tinieblas.  
 Era un tigre cada *puro*,  
 Cada cristiano una fiera,  
 Y era un abismo de intrigas  
 Cada *mocho* y cada vieja.  
 Pero enmedio de la zambra,  
 Del rencor y la revuelta  
 Privaba el Protagonista  
 De esta tumultuosa escena:



Juan José Baz el hereje  
 De más fibra y de más cuenta,  
 Al que el fuego del infierno  
 En vez de quemar refresca.  
 Era Juan, esbelto joven  
 De rubia y luenga melena,  
 Ancha y despejada frente,  
 Erguida y gentil cabeza,  
 Cutis como de alabastro,  
 Ojo azul, mirada inquieta  
 Que como llama se agita  
 Si la cólera le incendia;  
 De rápidos movimientos,  
 De actitud viva y resuelta,  
 Ni le detienen peligros  
 Ni el tumulto le amedrenta;  
 Y donde quiera sofoca  
 Y donde quiera refrena  
 Los ímpetus de la plebe  
 Que repetidos revientan.  
 Y ni la luz de la aurora,  
 Ni la obscuridad intensa,  
 Ni las lluvias, ni los rayos,  
 A su afán le dieron tregua;  
 En el alegre fandango,  
 En la alborotada fiesta,  
 En la reunión sospechosa,  
 En la cantina, en la tienda  
 Y en las casas del Pecado  
 Asomaba su presencia.  
 Valiente como el Cid mismo,  
 Bilioso pero alma buena  
 Al niño tiende la mano  
 Le presta apoyo á una vieja  
 Y socorre generoso  
 Al que atormentan las penas.  
 Cuando la razón le dice  
 Que hizo abuso de su fuerza  
 Corrige sin miramiento  
 Sus bruscas inconveniencias,  
 Esto sin dejar un punto  
 Su patriótica tarea  
 De que se cumplan las leyes  
 Sin que ninguno las tuerza.

## II

## UNA CONFESION.

Iba enmedio á su camino  
 De cincuenta y siete el año  
 Sin ver el rostro al sosiego  
 Ni mirar paz en los ánimos,  
 Cuando enmedio de una noche  
 Que dominaba el espanto,  
 De un convento ya desierto  
 Do la barreta hizo estragos  
 Convertida en patrimonio  
 De habil adjudicatario,  
 Medio derribado á trechos  
 O habitado por profanos,  
 Con paso para la calle,  
 Con escalera de palo,  
 Salieron dolientes gritos  
 Que clamaban con quebranto:  
 «Un sacerdote, ¡socorro!  
 Que está el enfermo expirando»  
 Con las voces alarmantes  
 Se despierta el vecindario,  
 Accesorias y balcones  
 En gente están rebosando,  
 Y la multitud se agolpa  
 A la calle en son de asalto.  
 Desde el exterior se mira  
 A exigua luz, triste cuadro;  
 Amarillas las paredes,  
 Escombros, muebles escasos,  
 Y en entelerido catre  
 Varios bultos agrupados  
 De niños y de mujeres  
 Al moribundo rodeando.  
 Por fin llega un sacerdote  
 Varonil, medio mundano,  
 Con la soberbia en el rostro  
 Y con aspecto de guapo,  
 Sube la humilde escalera  
 Donde le están esperando  
 Pero de pronto iracundo  
 Grita: yo no doy un paso,  
 Ese cuarto es el infierno



Donde habitan condenados;  
 Mi maldición caiga en ellos  
 En el nombre de Dios santo  
 —Perdón, repiten á un tiempo  
 Los deudos acongojados.  
 —No hay perdón—no lo confieso  
 Si no sale de ese cuarto.  
 —Que lo saquen grita el pueblo  
 Alzando inquieto sus brazos;  
 Y á poco el cuasi cadáver  
 Fué resbalando de lo alto  
 Sostenido por los suyos  
 Por multiplicados lazos;  
 Cae el enfermo en la tierra;  
 El padre con desenfado  
 Despejó pronto el gentío  
 Y está del enfermo al lado:  
 La Constitución abjuras?  
 Vuelves á la Iglesia el claustro  
 Y lo más que los herejes  
 Contigo se hayan robado?  
 Padre dejadme que explique.  
 —Yo no escuchó á los malvados  
 —Una palabra,—No hay pero,  
 Ve que te llevan los diablos.  
 ¡Muera el gobierno de herejes  
 Exclama el pueblo bramando!  
 —Creo en Dios—perdón os pido  
 Tanto cual vos soy cristiano.  
 —Nada escucho, á nada atiendo  
 Restituid ó condenaos,  
 Muérete y que te achicharren  
 Los demonios mas osados.  
 —Pues padre *me voy en pelo*.  
 Y se murió el desdichado.  
 Silbidos, zambra, palmadas  
 Su expirar acompañaron,  
 Y el padrecito en sus glorias  
 Por ser el rey del escándalo;  
 Mas Juan José se aparece  
 Con unos cuantos soldados:  
 Hay aguacero de piedras,  
 Hay en las sombras estragos,  
 Y alaridos de mujeres  
 Y desahogos de borrachos;

Pero aislado y entre filas  
 Fué el padrecito marchando  
 A la cárcel donde quiso  
 D. Juan José asegurarlo.  
 Cuando en la ciudad absorta  
 Se supo el horrible caso  
 Los recalcitrantes *mochos*  
 Llenos de rabia extrañaron  
 Que á Juan José y sus esbirros  
 Al hacer tal desacato  
 La tierra no se rajase  
 Y los hubiera tragado.  
 Al tenor de esta leyenda  
 Hubo casos estupendos  
 Que por respeto á las creencias,  
 Dejó la historia en silencio.



TIERNO Y DOLORIDO ROMANCE  
QUE LLEGA AL ALMA MAS QUE NO SE QUIERA

## I

EL HIJO QUE ALEGA.

«Te engañan madre adorada»  
«Los que con fines inicuos»  
«Dicen que los liberales»  
«Son enemigos de Cristo»  
«Y que con furia rabiosa»  
«Persiguen á sus ministros,»  
«Que los templos sacrosantos»  
«Quieren profanar sacrílegos»  
«Y á las vírgenes del claustro»  
«Entregar á libertinos.»  
«Te engañan, madre de mi alma,»  
«Los hipócritas, malignos»  
«Que con la cruz resguardados,»  
«En tenebrosos concilios»  
«Conspiran contra la Patria;»  
«Son su amor y su delirio»  
«Los dineros del creyente»  
«Con su mundanal dominio;»  
«Ellos han emponzoñado»  
«El aire del domicilio,»  
«Ellos destrozan los lazos»  
«Bienhechores y divinos»  
«Del hermano y del hermano,»  
«De los padres y los hijos.»  
«¿Son religión los dineros»  
«Que les dan á sus políticos»  
«Para tener un gobierno»  
«Que se plegue á sus caprichos,»  
«Que proteja las traiciones»

«Y santifique sus vicios?»  
«¿Es religión la que manda»  
«Haste espía del marido?»  
«¿Y la que dice á la esposa:»  
«Odiar á tu esposo es lícito»  
«Si no sigue los mandatos»  
«Del intruso frailecito?»  
«Está bien el sacerdote»  
«En su iglesia y con su rito,»  
«Pero atizando discordias,»  
«Convirtiendo en subversivos»  
«Los rezos y los sermones»  
«Y los santos ejercicios,»  
«Ofreciéndole la gloria»  
«Al ladrón y al asesino»  
«Con tal que á los liberales»  
«Den congojas y suplicios;»  
«No puede ser, y es forzoso»  
«Del abuso el exterminio.»  
«¿Pero no me hablas? ¡Ocultas,»  
«Madre, tu rostro querido»  
«Para ni escuchar mis quejas»  
«Ni que te acaricie tu hijo?»  
«Aquí tienes á tu Ignacio,»  
«Ve de hinojos á tu niño.»  
Y era cual mármol la madre,  
Y en el rebozo escondido  
Estuvo su airado rostro  
Sin mostrar de vida indicio.  
Alejóse el Presidente  
Lo mismo que ciervo herido,  
Que sediento en una fuente  
Busca con ansia el alivio  
Y encuentra un montón de arena  
En vez del precioso líquido.  
Y la señora piadosa  
Ya sola rompió en gemidos  
Al ver á su hijo mimado  
Por siempre de Dios maldito.  
Y juró, como cristiana  
Que trastorna el fanatismo,  
Por la salvación de su alma  
A los padres dar auxilio,  
A mayordomos de monjas,  
Beatas y monaguillos



Hasta lograr que volviera  
Comofort al buen camino  
Sostenido y apoyado  
En canónigos y obispos

Julio 21 de 1896

### BRAYO ROMANCE

EN EL QUE DE A CIRO ECCHARON POR UN VOLADERO

LOS MOCHOS A NUESTRO PADRE

SAN FRANCISCO

I.

NOCHE DE LUNA.

Tras de torrentes de lluvia  
Que descargaron los cielos  
Y á la ciudad presentaron  
Como sobre de un espejo,  
Vestida de luz de luna  
Y por suelo el firmamento,  
Como una diosa dormida  
Acariciada en su sueño  
Por los besos de la brisa  
Y el majestuoso silencio,  
A un costado de la Iglesia  
Del franciscano convento  
Al cuerpo de Independencia  
Se le designó su puesto;  
Que era el cuerpo de confianza  
Por sus inmortales hechos  
Que peleando en Churubusco  
Renombre y lauros le dieron.  
Un D. Vicente Pagaza  
De ejercicio relojero,  
Dejaba el cuerpo de guardia  
Después de los aguaceros  
Cuando al llegar á la esquina  
Junto á la puerta de hierro